IDEA VILARIÑO: *No*. Buenos Aires: Calicanto, 1980.

Este último libro de Idea Vilariño sitúa al lector en el transcurso de una obra cuyo logro más consecuente es la negación del retoricismo y la búsqueda de un lenguaje que logre la comunicación poética con el menor número de imágenes. Es esta conciencia la que ubica a Vilariño en la promoción de escritores que Angel Rama [*La generación crítica (1939-1969)*, Montevideo: Arca, 1972] ha definido por su cuestionamiento de las formas establecidas y el enfrentamiento con los valores dominantes. Ya desde los poemas de *Paraíso perdido* (1949), *Por aire sucio* (1951) y *Nocturnos* (1955), Idea Vilariño trabajaba sus poemas en esa dirección. El éxito de sus *Poemas de amor* (1962), ya en su novena edición, radica en la negativa a aceptar los que eran hasta entonces los códigos de la poesía amorosa femenina en lengua española y en la creación de la apertura de un nuevo lenguaje (al igual que, a comienzos de siglo, otra uruguaya, Delmira Agustini, posibilitara una retórica erótica que luego pasaría a ser una encerrona).

Los treinta breves poemas de *No* labran una temática de resistencia y soledad que, si bien ya estaba presente en libros anteriores, se agudiza en éste. El «no» de Idea Vilariño es una oposición a la precariedad de la existencia, a las condiciones de vida impuestas por las circunstancias; es un rechazo del vivir que implica «romperse el alma» (poema 2), del medio en que se habita:

Confuso sedimento
sobras
restos
desechos
basura acumulada de los días (poema 4).

Es la sección titulada «Comparaciones» la que más radicalmente expone la sensación de mundo asfixiante, de cuerpo aprisionado que se le comunica al lector:

Me cortan las dos manos
los dos brazos
las piernas
me cortan la cabeza.
Que me encuentren (poema 19).

Los poemas van estructurando los acordes del ser que sobrevive preguntándose cómo; quizá sea la respuesta a esta pregunta la que rige las comparaciones que se exponen: «como un jazmín liviano / que cae sosteniéndose en el aire» (poema 10); «como un perro que aúlla interminable» (poema 11); «como un disco acabado / que gira y gira y gira» (poema 14).

El «yo» que vive en la asfixia es también un sujeto poético plural que considera el horror de su circunstancia:

Se cerraron las puertas
sin ruido se cerraron
sonaron las trompetas
o sólo un bocinazo
y nos quedamos fuera
arañando sin fuerzas
dando débiles golpes
con las frágiles uñas doloridas (poema 15).

En este mundo que revelan los poemas todos han quedado «con la cara pegada / a las últimas heces» (poema 16); es la sordidez de los que tienen que recuperarse en medio del espanto, preguntándose «quiénes somos / qué pasa / qué extraña historia es ésta» (poema 17). En estos tensos poemas no se nombra, pero se sugiere el mundo que lleva al vacío y se actualiza el resistir del que dice no.

Ya Mario Benedetti señalaba en su ensayo «Idea Vilarriño: la poesía como actitud» (*Literatura uruguaya siglo XX*, Uruguay: Editorial Alfa, 1963) la patética visión del mundo que transmitía esa voz implacable (p. 116) y el modo en que gira alrededor de sus angustias. En el poema «Paraíso perdido», que da título al libro de 1949, comenzó Vilarriño «su larga negación, su temerario y a la vez desvalido enfrentamiento del absurdo destino» (p. 120). Las palabras de Benedetti adquieren nuevamente su certeza en el título de este libro que reseñamos y en su manera de continuar la trayectoria que el compañero de generación señalaba.

IVETTE LÓPEZ

Universidad de Puerto Rico, Bayamón.